

DOMINGO 24 DEL TIEMPO ORDINARIO. «No te digo que perdones siete veces, sino setenta veces siete» Mt 18, 22

Las lecturas de este domingo forman una unidad articulada en torno a una sola realidad: el perdón como corazón del Evangelio y como la actitud más transformadora y humanizadora que existe. No es casualidad que este domingo llegue después del anterior sobre la corrección fraterna: Jesús enseña primero cómo corregir al hermano, y luego deja claro que, en todo caso, siempre hay que saber perdonar. Las lecturas se articulan en cuatro movimientos:

*** Sir 27, 33 – 28, 9 → Fundamento sapiencial:** la lógica del perdón como espejo. Si uno no perdona al hermano, ¿cómo puede esperar que Dios lo perdone a él? El Sirácida establece la ecuación fundamental: la medida con que uno mida a los demás será la medida con que Dios le mida a él.

• Sal 102 → Eco orante: el retrato más tierno de Dios en el Antiguo Testamento. «El Señor es compasivo y misericordioso, lento a la ira y rico en clemencia... no está siempre acusando ni guarda rencor perpetuo». El Dios que perdona como modelo para el hombre que perdona.

• Rom 14, 7-9 → Fundamento cristológico: «si vivimos, vivimos para el Señor; si morimos, morimos para el Señor». Cristo es el punto de referencia de todo. Quien pertenece a Cristo — en la vida y en la muerte — no puede no parecerse a Él, que perdonó desde la cruz.

• Mt 18, 21-35 → Cumplimiento narrativo: la pregunta de Pedro sobre los límites del perdón → la respuesta ilimitada de Jesús («setenta veces siete») → la parábola del siervo sin entrañas, que fue perdonado de una deuda impagable y no supo perdonar una deuda insignificante. Una parábola que es una trampa y un espejo.

CONCEPTOS TEOLÓGICOS

1. La ecuación del perdón: la medida que uses contigo usará Dios (Sirácida / Salmo). El libro del Sirácida, escrito dos siglos antes de Cristo, formula con claridad meridiana la lógica que Jesús llevará a su cumplimiento: quien no perdona al hermano ha cortado el canal por donde le viene el perdón de Dios. No es una amenaza divina sino una descripción de cómo funciona la realidad moral: quien tiene el corazón cerrado al perdón de los demás tiene también el corazón cerrado al perdón de Dios. El Salmo 102 muestra el modelo: Dios no está siempre acusando, no guarda rencor perpetuo, aleja los delitos como el oriente del ocaso.

2. Pertenece a Cristo: la motivación última del perdón (Romanos 14). Pablo ofrece el fundamento más hondo de toda la moral cristiana: no vivimos para nosotros mismos sino para el Señor. En la vida y en la muerte somos de Cristo. Esta pertenencia es la raíz de todo: si somos de Cristo, debemos parecernos a Él. Y Él perdonó a sus verdugos desde la cruz, perdonó a Pedro después de la negación, perdonó a los discípulos que huyeron. Perdonar no es una opción generosa del cristiano: es la consecuencia lógica de pertenecer a Aquel que es la encarnación misma del perdón de Dios.

3. Setenta veces siete: el perdón sin aritmética ni límites. Pedro cree ser extraordinariamente generoso al proponer perdonar siete veces — el doble de lo que los rabinos recomendaban. La respuesta de Jesús no es una corrección aritmética sino un cambio de lógica: «setenta veces siete» no es un número sino una declaración de principio. El perdón cristiano no lleva contabilidad. Quien empieza a contar cuántas veces ha perdonado al hermano ya ha dejado de perdonar de verdad. La respuesta de Jesús es, además, una inversión deliberada del «Canto de Lámelec» — el héroe que exigía venganza setenta veces siete. Frente a la cultura de la venganza sin límites, el perdón sin límites.

4. La parábola del siervo sin entrañas: la trampa y el espejo. La parábola es una obra maestra de pedagogía moral. Funciona como trampa: todos condenamos al siervo perdonado que no sabe perdonar — y en ese momento la parábola nos atrapa, porque somos nosotros. Y funciona como espejo: la proporción entre los diez mil talentos que el rey perdonó al siervo y los cien denarios que el siervo no perdonó a su compañero es la misma proporción entre lo que Dios nos perdona a nosotros y lo que el hermano nos debe a nosotros. La deuda del hermano con nosotros es siempre insignificante comparada con nuestra deuda con Dios.

5. El perdón como liberación del que perdona. Los textos complementarios añaden una dimensión que la predicación cristiana suele olvidar: el perdón no es solo un acto heroico de generosidad hacia el otro. Es también — y quizá sobre todo — la liberación de quien perdona. La víctima que no perdona queda encadenada al agresor por el rencor: el pasado la domina, el agresor sigue teniendo poder sobre ella. El perdón rompe esa cadena. Como decía Lacordaire: «¿Quieres ser feliz un momento? Véngate. ¿Quieres ser feliz siempre? Perdona». El perdón cura al que perdona antes que al perdonado.

6. El Padrenuestro como oración «peligrosa». El texto señala con agudeza que el Padrenuestro contiene una petición «peligrosa»: «perdónanos nuestras ofensas como nosotros perdonamos a los que nos ofenden». Es la única condición que ponemos a Dios — y es una condición que nos compromete directamente. Quien reza el Padrenuestro sin haber perdonado a su hermano está pidiendo a Dios que lo trate como él trata a los demás. La Eucaristía que celebra el perdón de Dios y el intercambio de la paz son el contexto litúrgico que hace concreta e ineludible esta exigencia.

El rey de la parábola perdonó al siervo una deuda que jamás podría haber pagado. Y ese siervo, en cuanto salió, fue a exigir a su compañero los cien denarios que le debía. La proporción entre las dos deudas es absurda. Pero esa proporción somos nosotros: lo que Dios nos perdona a nosotros es inconmensurable; lo que el hermano nos debe es siempre insignificante en comparación. Cuando comprendemos de verdad cuánto nos ha sido perdonado, perdonar deja de ser un acto heroico y se convierte en lo más natural del mundo. «Setenta veces siete» no es un número: es una declaración de que el perdón no lleva contabilidad.

El texto nos interpela en tres niveles.

A nivel personal: ¿hay alguien a quien no he perdonado todavía? ¿Hay una herida que sigo alimentando, un rencor que cargo como una cadena? El texto no minimiza el daño recibido — la cólera ante la injusticia es una reacción sana — pero sí nos dice que el resentimiento crónico no cura la herida: la perpetúa. Perdonar no es olvidar ni justificar: es soltar la cadena que nos ata al agresor.

A nivel comunitario: las comunidades eclesiales no están exentas de conflictos, envidias, palabras hirientes y rencores acumulados. Mateo escribe su evangelio precisamente para una comunidad donde «la caridad se está enfriando». El perdón no es un ideal inalcanzable: es la única base posible para la convivencia fraterna real.

A nivel social: la parábola tiene implicaciones que van mucho más allá del ámbito religioso. Una familia sin perdón es un infierno; una sociedad sin compasión es inhumana; un sistema penal que solo devuelve mal por mal no regenera a nadie. El perdón no ignora la justicia — la supera hacia algo más alto y más humano.

Hace casi dos mil doscientos años, un sabio judío llamado Jesús ben Sira escribió algo que todavía nos interpela: «El rencoroso y el colérico no pueden esperar la misericordia del Señor. El que se venga recibirá la venganza del Señor. Perdona la ofensa a tu prójimo y se te perdonarán los pecados cuando lo pidas».

Era la misma lógica que el Salmo 102 expresaba con una belleza inigualable: «El Señor es compasivo y misericordioso, lento a la ira y rico en clemencia. No está siempre acusando, ni guarda rencor perpetuo... como dista el oriente del ocaso, así aleja de nosotros nuestros delitos». Un Dios que no lleva contabilidad de las ofensas recibidas. Un Dios cuyo perdón no tiene límites.

Pablo, desde Romanos, añade la clave que da sentido a todo: «Si vivimos, vivimos para el Señor; si morimos, morimos para el Señor. En la vida y en la muerte somos del Señor». Somos de Cristo. Y Cristo es Aquel que perdonó a sus verdugos desde la cruz, que rehabilitó a Pedro después de sus tres negaciones, que se apareció a los discípulos que habían huido y comió con ellos sin recriminarles nada. Quien pertenece a Cristo no puede no parecerse a Él en esto.

Y entonces viene Pedro con su pregunta — que en el fondo es la pregunta de todos nosotros:

«Señor, ¿cuántas veces he de perdonar a mi hermano cuando me ofenda? ¿Hasta siete veces?»

Pedro cree ser generoso. Los rabinos hablaban de cuatro veces como máximo; él propone siete — el número de la plenitud. Y Jesús lo corrige no con una cantidad mayor sino con un cambio de lógica:

«No te digo que hasta siete veces, sino hasta setenta veces siete».

No es aritmética. Es una declaración de principio: el perdón no lleva contabilidad. Y es también una inversión deliberada del «Canto de Lámeq» — ese héroe del desierto que exigía venganza setenta veces siete. Frente a la espiral de la venganza sin límites, Jesús propone la espiral del perdón sin límites.

Y luego cuenta la parábola. Un rey decide saldar cuentas con sus servidores. Uno le debe diez mil talentos — una cantidad astronómica, impagable en varias vidas. El servidor se postra, suplica, y el rey — movido por la compasión — le condona toda la deuda. Todo. Sin condiciones.

El servidor sale. Y se encuentra con un compañero que le debe cien denarios — el salario de unos pocos meses. Lo agarra del cuello y le exige el pago. El compañero suplica con las mismas palabras que él acababa de usar ante el rey. Pero no. Lo manda a la cárcel.

Los demás servidores, indignados, lo cuentan todo al rey. Y el rey llama al siervo y le dice:

«Siervo malvado. Toda aquella deuda te la perdoné porque me lo pediste. ¿No debías tú también tener compasión de tu compañero, como yo tuve compasión de ti?»

La parábola es una trampa. Todos condenamos al siervo sin entrañas — y en ese momento nos damos cuenta de que somos nosotros. Porque la proporción entre los diez mil talentos y los cien denarios es exactamente la proporción entre lo que Dios nos perdona a nosotros y lo que el hermano nos debe a nosotros. Lo que nos hicieron — por doloroso que sea — siempre es insignificante comparado con lo que nos ha sido perdonado.

Esto no significa que el daño recibido no sea real. La cólera ante la injusticia es una reacción sana que no hay que reprimir. Pero el resentimiento crónico, la venganza alimentada día a día, el rencor que se convierte en identidad — esos sí nos destruyen. Como decía Lacordaire: «¿Quieres ser feliz un momento? Véngate. ¿Quieres ser feliz siempre? Perdona». El perdón libera al que perdona antes que al perdonado.

Y cuando rezamos el Padrenuestro, pronunciamos una petición que compromete: «perdónanos nuestras ofensas como nosotros perdonamos a los que nos ofenden». Es la única vez que ponemos una condición a Dios. Y es una condición que nos mira directamente a los ojos. Decir «amén» en la Eucaristía a Cristo presente es decir también «amén» al hermano — incluso al que nos ha hecho daño.

Imagina qué diferente sería el mundo si perdonáramos. Qué diferente sería tu familia. Qué diferente sería tu comunidad. **El perdón no es una debilidad: es la fuerza más transformadora que existe.**

Ahora Qué haremos?

Examinar los rencores no resueltos: ¿a quién no he perdonado todavía?

1

El texto invita a un examen personal honesto: ¿hay alguien a quien guardo rencor? ¿Hay una herida que sigo alimentando en lugar de sanar? Proponer en la comunidad un ejercicio de revisión personal — individual o acompañado — que ayude a nombrar las heridas no sanadas y a dar pasos concretos hacia el perdón. El Sacramento de la Reconciliación puede ser el espacio privilegiado para este proceso, vivido no como trámite sino como encuentro con el Dios que perdona siempre.

Distinguir entre cólera sana y resentimiento destructivo

2

El texto complementario señala una distinción psicológicamente crucial: la cólera ante la injusticia es una reacción sana y legítima; el resentimiento crónico y la venganza son destructivos para quien los alimenta. Proponer en la catequesis y la predicación esta distinción: perdonar no es reprimir la rabia ni minimizar el daño recibido. Es reconocer la herida, procesarla honestamente y tomar la decisión libre de no seguir alimentando el resentimiento. La fe en el Dios perdonador es una fuerza real para ese proceso.

3

Recuperar el Sacramento de la Reconciliación como experiencia gozosa del perdón de Dios

El texto evoca el Sacramento de la Reconciliación no como un trámite penal sino como el «sacramento gozoso» en que la confesión humilde se encuentra con el perdón paterno de Dios — como en la parábola del hijo pródigo. Quien ha experimentado de verdad ese perdón en el sacramento tiene una motivación poderosa para perdonar a los demás. Proponer en la comunidad una catequesis renovada sobre la Reconciliación que recupere su dimensión de encuentro con la misericordia, no de lista de pecados.

4

Rezar el Padrenuestro con conciencia: la petición que nos compromete

La condición que ponemos a Dios en el Padrenuestro — «como nosotros perdonamos» — debería rezarse con plena conciencia de lo que implica. Proponer en la comunidad una catequesis sobre el Padrenuestro que destaque esta petición como el corazón ético de la oración de Jesús. Antes de la comunión, el intercambio de la paz debería hacerse como gesto real de reconciliación, no como rutina litúrgica. ¿Con quién necesito hacer las paces antes de acercarme a la mesa del Señor?

5

Promover la cultura del perdón en la familia y la comunidad

Una familia sin perdón es un infierno; una comunidad religiosa que no perdona contradice su propio mensaje. Proponer en los grupos y comunidades momentos explícitos de revisión de las relaciones: ¿hay conflictos no resueltos, palabras hirientes no reparadas, alejamientos no atendidos? El perdón no espera a que el otro pida perdón primero: toma la iniciativa, como el padre del hijo pródigo que ve al hijo «desde lejos» y corre a su encuentro antes de que llegue a casa.

6

Ampliar el horizonte: la importancia social y política del perdón

El texto complementario señala que el perdón no es solo una virtud privada: tiene implicaciones sociales, políticas y jurídicas. Una sociedad que solo responde al mal con más mal genera más mal. Proponer en la comunidad una reflexión sobre la dimensión social del perdón: la rehabilitación de los presos, la reconciliación entre grupos enfrentados, la superación de las espirales de venganza en contextos de violencia histórica. Los cristianos tienen una palabra que decir aquí — no de ingenuidad sino de una sabiduría que el mundo necesita urgentemente.